

[Lo sublime, desbordamiento del encaje entre alma y realidad]

KANT, *Crítica de la facultad de juzgar* (1790), libro 2.º, § 23

... Lo bello concuerda con lo sublime en que ambas cosas nos placen en sí mismas, y en que ninguna de las dos presupone un juicio de sentidos ni un juicio científico (sobre la naturaleza de un objeto), sino un juicio reflexivo. Por tanto, en ambas cosas, la satisfacción no depende de una sensación, como la satisfacción en lo placentero, ni tampoco en un concepto definido, como en lo bueno... Pero hay diferencias importantes y evidentes entre ellos. Lo bello en la Naturaleza pertenece a la forma de una cosa, que consiste en tener límites; lo sublime, en cambio, se puede encontrar incluso en una cosa informe, en cuanto que en ella, o con ocasión de ella, encontramos una idea de la ilimitación, y sin embargo unimos a ello el pensamiento de una totalidad. Así lo bello parece estar tomado como representando algún concepto muy indefinido del entendimiento, y lo sublime como representando un concepto similar de la razón. Así nuestra satisfacción en la belleza está unida a la idea de cualidad, y la de sublimidad con la de cantidad. Y son muy diversas en especie. La belleza trae consigo directamente una sensación de estímulo vital, y por tanto puede unirse al encanto y al juego de imaginación. Pero nuestra sensación de lo sublime es sólo un placer indirecto, ya que está producida por la experiencia de un freno momentáneo a nuestras potencias vitales, que así son estimuladas inmediatamente a un fluir correspondientemente más fuerte. En consecuencia, en cuanto emoción, no parece ser juego de nuestra imaginación, sino su serio empleo. Así que no puede unirse con el encanto. Y como la mente no está meramente atraída por el objeto, sino también, alternativamente, repelida por él, nuestra satisfacción en la sublimidad implica menos un placer positivo que una admiración o respeto, y podría ser bien llamada un placer negativo.

§ 24

... El análisis de la sublimidad implica una división que no era necesaria en el de la belleza, entre lo Sublime Matemático y lo Sublime Dinámico. El sentimiento de sublimidad está caracterizado por una emoción conectada con nuestra estimación del objeto, mientras que el gusto por la belleza debe encontrar y mantener la mente en tranquila contemplación. Pero dado que lo sublime nos place, esa emoción debe estimarse como si estuviera adaptada [como si nuestras facultades estuvieran adaptadas al objeto o viceversa].

§ 25

Lo sublime matemático es aquello en comparación con lo cual todo lo demás es pequeño... Así considerado, nada que pueda ser objeto de los

sentidos ha de llamarse sublime. Nuestra imaginación se esfuerza en avanzar hacia la infinitud, pero nuestra razón pide una totalidad completa como una idea a realizarse. Así el mero hecho de que nuestra capacidad de medir objetos sensibles sea inadecuada a esa idea, despierta el sentimiento de un poder en nosotros superior al sentido... Una cosa es sublime si la mera capacidad de pensarla es prueba de una capacidad mental que sobrepasa todos los criterios de los sentidos.

§ 28

... Cuando consideramos la Naturaleza como dinámicamente sublime, nuestra idea de ella debe ser temible... Sin embargo, podemos considerar temible un objeto sin temerlo, si lo estimamos de modo que imaginamos circunstancias en que podríamos decidir resistirlo y que entonces toda resistencia fuera vana... Un hombre en estado de temor es tan incapaz de juzgar sobre sublimidad en la Naturaleza como un poseído por un deseo o apetito es incapaz de juzgar sobre belleza... Las rocas que avanzan atrevidamente pareciendo amenazarnos, las nubes de tormenta amontonadas en el cielo y avanzando entre relámpagos y truenos, los volcanes con todo su poder destructivo, los huracanes que dejan una estela de devastación, el ilimitado mar en su cólera, una alta catarata en un poderoso río, cosas así reducen a la impotencia nuestra capacidad de resistencia, al compararla con su poder. Pero el ver tales cosas es atractivo en proporción a su condición temible en tanto que nos encontremos en seguridad, y estamos dispuestos a llamar sublimes a tales cosas porque elevan los poderes de nuestras almas por encima de su nivel acostumbrado, y descubren en nosotros una facultad de resistencia de orden muy diverso... La Naturaleza no es estéticamente estimada como sublime en cuanto que produce miedo, sino porque suscita en nosotros el poder, más allá de la Naturaleza, de considerar como pequeño todo aquello que nos importa —riqueza, salud, la vida misma—. Así llegamos a considerar el poder de la Naturaleza, de que dependemos por completo para esas cosas, como, sin embargo, en relación con nosotros y nuestra personalidad, un poder ante el cual no necesitamos inclinarnos si está en juego el mantenimiento de nuestros más altos principios. Así la Naturaleza se llama aquí elevada o sublime sólo porque eleva la imaginación a representarse situaciones en que la mente puede percibir la auténtica sublimidad de su propio destino en cuanto que supera a la Naturaleza misma...

§ 59

... Lo bello es el símbolo de la bondad moral, y sólo desde este punto de vista (que todos toman por naturaleza y creen que los demás tienen el deber de tomar) pretendemos que todos deberían estar de acuerdo en cuanto al placer que da... En la facultad del gusto, el juicio no se encuentra, como al juzgar por experiencia, sujeto por leyes empíricas; legisla por sí mismo en los objetos de tan pura satisfacción, tal como la razón legisla autónomamente sobre la facultad del deseo en la moralidad. Y debido a esa capacidad en nosotros mismos y a la capacidad de la naturaleza externa para armonizar con aquélla, el juicio encuentra en sí

mismo una referencia a algo en nosotros y también fuera de nosotros, que no es ni necesidad física ni libertad moral, sino que va aliado a las condiciones supersensibles [aunque inteligibles] de la libertad. En esa realidad supersensible, la facultad teórica [del juicio] y la facultad práctica [de razón moral] están entretreídas mutua y misteriosamente...

Hasta el entender común rinde homenaje a esa analogía y a menudo llamamos a los objetos bellos de la Naturaleza o del arte con nombres que implican una estimación moral. Llamamos majestuosos o dignos a árboles y edificios, y sonrientes y alegres a los prados; hasta los colores se llaman puros, castos, tiernos, porque despiertan sentimientos análogos a los provocados por juicios morales. El gusto facilita una transición gradual desde el encanto sensible al interés habitual por la moralidad, ya que muestra a la imaginación como a la vez libre y adaptada a conformarse en el entendimiento, y de ese modo nos acostumbra a encontrar una satisfacción que está libre de los atractivos sensuales, incluso en los objetos de los sentidos.